

por el ser humano. Aquí Simón aporta una variante de su propia invención: limita esa herencia a una sola tribu, la de Isachar, pues, según la Biblia: «Isachar ha de ser asno fuerte, que ha de estar echado entre términos, y vio la holganza que sería buena y la tierra bonísima...».

Sus viajes se hacen cada vez más frecuentes. Traza un largo itinerario que lo lleva de Bogotá a Pamplona y de ahí a La Grita, en Venezuela, que aún luce los estragos del devastador terremoto de 1610. Luego pasa a Bailadores, después a Mérida, Trujillo, El Tocuyo, Quíbor, Barquisimeto, Yaracuy, Nirgua, Valencia, hasta llegar a Caracas. Simón emprende una especie de «campana admirable» bolivariana pero al revés, atraviesa toda la cordillera colombiana, se interna en los Andes de Venezuela y recorre la ruta occidental para llegar a la que todavía no era la capital de Venezuela, sino una ciudad más del Virreinato de Nueva Granada.

Desde Caracas emprende viaje hacia Oriente y va a Cumaná, donde Bartolomé de las Casas fracasó con su utópica comunidad de españoles e indios. Cruza el Golfo de Cariaco hacia la península de Araya, y se admira con el paisaje rosáceo de las enormes salinas. Desde Araya se embarca hacia las islas de Puerto Rico y República Dominicana, para después dirigirse de vuelta a Borburata, y tomar nuevamente camino hacia La Grita hasta llegar finalmente a Bogotá.

Este largo periplo consume alrededor de un año y medio de la vida del fraile. El viaje lo hace a lomo de caballo y de mula, y también andando sobre sus pies; años más tarde sufrirán dolorosos ataques de gota. Su equipaje es ligero pero siempre hay espacio para los Evangelios, para algún tomo de la *Historia natural* de Plinio, y también para los recios versos de Juan de Castellanos, que leerá como quien observa la representación de una obra en su escenario natural.

Transpirando bajo el sayo de yute en las calientes playas del oriente venezolano, ya calvo y al borde de la insolación, con el cingulo a medio anudar y las sandalias rotas por la jornada extenuante, el visitador de la provincia de Santa Cruz de Caracas hace su propio descubrimiento de estas Indias Occidentales, y desde ya se considera la voz autorizada para escribir su historia definitiva.

3.

Simón está convencido de la importancia de la región en la que habita: «En todo este tiempo me ha durado el sentimiento de ver que,

siendo estas partes de las indias de las más principales que se han descubierto, tan bien fundadas en la fe, tan ricas, tan leales a su majestad y de tan grande importancia a su Real Corona, no haya salido a luz historia entera de las muchas cosas que de ellas se puede historiar; porque aunque se han tocado en historias generales, ha sido tan de paso, que sirve más de cebar el deseo para saber lo que les falta, que de satisfacerlo». La humildad, como vemos, no era su virtud.

Como tampoco la compasión. Simón era un fraile rancio y obcecado que toleraba la esclavitud y fustigaba los pecados con impiedad. Como todos los de su época, era un hombre formado en la Inquisición, y repelía cualquier asomo de herejía, prostitución o sodomía, que por aquel entonces admitía un desopilante eufemismo: «pecado nefando». En sus *Noticias* relata con fruición el castigo ejemplar al que fueron sometidos tres soldados al ser sorprendidos unos con otros: como a las brujas, se los quemó vivos. Destaca la inmoralidad de la «casa de mujeres públicas» donde las indias venden sus cuerpos a fin de ahorrar dinero para su dote de casamiento, o cuenta con suspicacia aquel episodio en que, como un acto de hospitalidad, un grupo de indias reciben a los soldados con vasijas de barro, lavan sus pies y extraen sus sucios callos para entonces comerlos.

Su mirada sobre el indio es ciega como la fe. No admite en el salvaje ningún rasgo de virtud. Lejos están las cartas de Colón donde describe a seres recobrados del paraíso, de conducta amigable y generosa, y mujeres de belleza sin igual. No cabe duda de que a cien años del tercer viaje, las cosas han cambiado y la violencia ha envilecido a todos por igual. En una página memorable Simón se hace eco de lo dicho por un tal fray Tomás Ortiz para componer el argumento de sus propios prejuicios. Cito en extenso:

«Era una gente (los indígenas) que comía carne humana, que eran sométicos, más que generación alguna, y que ninguna justicia había entre ellos: que andaban desnudos y no tenían vergüenza: eran como asnos, abobados, alocados e insensatos, y que no tenían en nada matarse ni matar, ni guardarían verdad sino era en su provecho. Eran inconstantes, no sabían qué cosa eran consejos, ingratisimos y amigos de novedades, que se preciaban de borrachos y tenían vinos de diversas frutas, raíces y granos; emborrachándose con humos y con ciertas hierbas que los sacaban de su juicio. Eran bestiales en los vicios: ninguna obediencia ni cortesía tenían mozos a viejos, ni hijos a padres, que no eran capaces de doctrina ni castigo. Eran traidores, crueles vengativos, enemiguísimos de la religión y que nunca perdonaban. Eran haraganes, ladrones,

mentirosos, de juicios bajos y apocados; no guardaban fe, ni orden, ni guardaban lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos. Eran hechiceros, agoreros y nigrománticos. Que eran cobardes como liebres, sucios como puercos: comían piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallaban. No tenían arte ni maña de hombres; y que cuando se olvidaban de las cosas de la fe que aprendían, decían que aquellas eran cosas para Castilla y no para ellos, y que no tenían ganas de mudar de costumbres ni de dioses. No tenían barbas y si algunas les nacían, se las arrancaban. Que con los enfermos no usaban piedad ninguna, y aunque eran vecinos y parientes, los desamparaban al tiempo de la muerte o los llevaban a los montes a morir con sendos potes de pan y agua. Cuanto más crecían se hacían peores: hasta diez o doce años parecía que habían de salir con alguna crianza y virtud, y de allí adelante se volvían como brutos animales, y en fin, dijo que nunca crió Dios gente más cocida en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad o policía, y que se juzgase para qué podían ser capaces hombres de tan malas mañas y partes; y que los que los habían tratado, aquello habían conocido por experiencia».

Mariano Picón Salas lo llamó «milagrero y malicioso», epítetos tan ocurrentes como justos. Además definió su obra como una «simpática y disparatada historia». Pero, ¿acaso no podemos emplear estos calificativos para una gran cantidad de cronistas? ¿No son milagreros y maliciosos, simpáticos y disparatados muchos de los pasajes de Bernal Díaz del Castillo, o de Juan de Castellanos, o de Gonzalo Jiménez de Quesada? Por otra parte no cabe duda de que si leemos a José de Oviedo y Baños, autor de *Historia de la conquista y población de la República de Venezuela*, nacido casi cien años después de Pedro Simón y considerado el gran cronista del país, encontraremos la crónica de nuestro fraile repleta de prejuicios, y con cierta inclinación a los relatos increíbles. Oviedo y Baños supera a Simón en objetividad, pero entre uno y otro hay cien años de distancia. La distancia en que las instituciones coloniales se afianzan, la distancia que corresponde a los años de la creación de la Capitanía General de Venezuela.

Al leer a Pedro Simón salta a la vista su gran capacidad de registro. Su crónica abarca un amplísimo repertorio de intereses. Destaca su mirada antropológica, desde la que ofrece, por ejemplo, un riguroso fresco de los indios de Cumaná, sus vestidos, sus costumbres, sus rituales funerarios y matrimoniales, y con lujo de detalles describe las prácticas curativas de los *Piaches*, médicos de los indios. Su afinado oído recoge numerosas voces indígenas, lo que lo identifica a ratos

como escritor americano, y describe en detalle las riquezas naturales y agrícolas de las regiones, ofreciendo así una invaluable información para la historia económica del país. Pero por sobre todo sus *Noticias* son la proto-historia de Venezuela y en ellas relata la conquista y colonización de las ciudades más importantes. Su mirada abarca la casi totalidad del actual territorio venezolano, y atiende cada región por separado. Desde la fundación de Coro, Barquisimeto y Borburata al occidente del país, hasta la de Cumaná y Cubagua en el extremo oriente. Desde la fundación de Caracas —fundada dos veces, con dos nombres distintos— hasta la de Puerto Ordaz, por parte de Diego de Ordaz, en el sureste del país. Además los personajes más emblemáticos, las acciones más heroicas, las anécdotas más insólitas. Todo esto convierte a las *Noticias* del fraile en una auténtica novela de aventuras, o mejor, en el relato pormenorizado de una guerra, de un enfrentamiento, de un mezclaje violento. De esta manera Simón ofrece un documento de gran valor histórico, aunque también hay que decir que se trata de un ejercicio de la historia algo arbitrario y accidental.

Como muchos otros cronistas, se hace eco de relatos imaginarios. Se entretiene en la descripción de los «Tutanuchas», aquellos indígenas de orejas tan largas que debajo de ellas cabían cinco a seis hombres. O los hombres-pep que podían dormir debajo del agua, pues tenían branquias en vez de pulmones. O los indios comedores de flores carentes de intestino grueso, o los habitantes del Perú que se alimentaban de ricos olores y morían al aspirar los nauseabundos. O los gigantes de la Patagonia Austral, o los pigmeos de los Andes del Perú, o los caribes caníbales de Dominicana, o las cuatro chinas blancas y rubísimas halladas (o alucinadas) por soldados españoles a orillas del río Dunaré. Por si esto fuera poco, Simón alimentó el bestiario más disparatado con el registro de dos animales increíbles: el pez que impide ser pescado por el temblor que genera en las manos del pescador (suponemos que se trata del «pez temblador», común en los llanos, capaz de generar descargas eléctricas), y el animal de varias cabezas que dice haber visto en Arechona y Caocoa.

Y quien prefiera la aventura trepidante tendrá en el extenso relato del tirano Aguirre, la más completa crónica de este demonio vasco que pasó como un incendio desde las alturas del Perú hasta las costas de Venezuela. La garra narrativa de Simón se luce en esta saga y consigue momentos de gran intensidad dramática. Aguirre, «quien daba y quitaba vidas, ponía y quitaba reyes», ya a punto de morir de dos arcabuzas-

zos, se le ocurre un último crimen: «Y poniéndole el demonio en el pensamiento de que matara a la hija (su hija) para que se acabara de llenar el vaso de sus maldades, se determinó a ello y le dijo: «encomiéndate, hija de Dios, porque te quiero matar», y diciendo ella: «¿Por qué, señor?», respondió: «porque no te veas vituperada ni en poder de quien te diga hija de un traidor».

4.

Como pocos escritores de su época, Pedro Simón pudo ver publicado el primer tomo de sus *Noticias* en 1627, un año antes de su muerte, pero los dos tomos apenas verán la luz a finales del siglo XIX, doscientos años después, en Bogotá, en edición al cuidado de Medardo Rivas. Hemos perdido la pista de los últimos años de la vida del fraile, pero sabemos que antes de su muerte acudió al convento de San Diego de Ubate, en la provincia de Cundinamarca en Colombia, donde muy probablemente murió en fecha desconocida.

Fray Pedro Simón, ¿cronista, historiador, escritor?, tenía esa gracia reseca de los curas españoles que en su honesta reciedumbre no dejan espacio para el brillo ni mucho menos para la seducción. Se trató de algo así como un inquisidor hecho a nuestra medida, que no llegó a ser famoso (su destino fue el de un marginado sólo para eruditos), pero dejó una enorme obra sobre la que podemos explorar aquella remota Venezuela cuando apenas era una *Tierra de gracia*. El título completo de su obra, *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, indica que el proyecto original era mucho más ambicioso y pretendía abarcar más de lo que hasta ahora ha llegado a nuestras manos. Los posibles borradores de esa obra inconclusa aún esperan por alguien que asuma la empresa de descubrirlos, y conquistarlos.